



UGOLINO.

UGOLINO.

La espada es un mal cetro; tarde ó temprano
hiere al príncipe que se apoya en ella.

SEGUR.

I.

NUESTRA imaginación se traslada con frecuencia á ese periodo misterioso de la historia del género humano, á ese tegido de virtudes y de vicios, á ese rico diamante engastado en plomo vil, á la celebrada edad media. Cuando nuestro pensamiento vaga por esa prestigiosa región, mil personajes se agrupan á nuestro alrededor. Unas veces el último de los tribunos, el caballero Rienzi, pasa delante de nosotros revestido de su pompa republicana y hollando con firme planta las orgullosas cimbras de los barones de Roma: otras contemplamos arrobados el heroico valor del rey de Inglaterra, Ricardo Corazon de Leon, al combatir por la Cruz en los desiertos de Palestina: en otras escuchamos enmudecidos el terrible acento del Dante, al denunciar á la posteridad los desafueros de sus contemporáneos.

Aquella época de turbulencia, aquel periodo verdaderamente guerrero, fué la cuna de grandes inteligencias, de grandes virtudes y de terribles atentados. Léjos de nosotros el declararnos como sucede á muchos escritores de la época presente, cronistas del crimen; si ahora vamos á trazar la historia de un malvado, es porque esa historia envuelve una terrible lección, porque en ella se ven hondamente estampados los funestos efectos de la discordia, y porque en fin, el horroroso castigo de Ugolino, siempre servirá de espejo á todos los que quieran erigirse en tiranos de su patria. Afortunadamente la especie humana camina rápidamente en la senda de la perfección, y son muy escasos los ejemplos que puedan ofrecerse en el día del desenfreno de las pasadas edades. ¡Idea consolatoria, que como la paloma del arca, viene á derramar la paz en nuestros corazones!

La vida del conde Ugolino della Gherardesca ofrece bastantes escollos para el biógrafo moderno, porque su conducta equivoca unida á la frecuencia con que se adhirió, ya á uno ya á otro partido, esparcen por toda ella una notable oscuridad. No obstante, el timbre de traidor siempre manchó su blason, y la sangre

de sus víctimas jamas ha podido enmudecer; Ugolino comenzó su carrera turbulenta por los años de 1275, época en que Italia se veía desgarrada por las dos facciones encarnizadas de Güelfos y Gibelinos: su familia era una de las mas poderosas de Pisa, y sus maquinaciones ambiciosas no tardaron en dar á conocer á sus compatriotas la serpiente que abrigaban en su seno. Así pues, el conde se vió inesperadamente acusado de enemigo de la libertad pública, y obligado á buscar un refugio mas allá de los muros de la ciudad. Firme en sus designios fué á pedir asilo al enemigo mas mortal de su patria, á Florencia. Fué recibido con los brazos abiertos y se le confirió el mando de una parte de las fuerzas. Dentro de pronto se organizó una irrupción al territorio de Pisa, y se verificó sin asignar para ella el mas leve motivo, siendo su resultado la toma de Vicopisano y otros varios castillos. Los florentines se volvieron triunfantes, y los pisanos quedaron exasperados con aquel golpe que les era tanto mas doloroso, cuanto que les habia venido por instigación de un rebelde. Hicieron varios preparativos, y pocos meses se pasaron antes de que se presentasen al frente de un ejército respetable, sedientos de venganza. Los florentines no reusaron el reto, y los dos contendientes se encontraron en Castel d'Asciano. Hiciéronse prodigios de valor por una y otra parte, mas al fin los pisanos fueron vencidos, les tomaron muchos prisioneros, y el castillo cayó en manos de los enemigos, quienes lo dieron al pueblo de Lucca.

Esta victoria animó á los desterrados de Pisa, quienes unidos á los florentines, y bajo las órdenes del conde Ugolino, hicieron una segunda irrupción, tan desastrosa como la primera. El pretesto que para ella tomaron, fue la restauración de los Güelfos á su ciudad natal; mas la dañada intención del traidor que los mandaba era muy diversa. Su único objeto era satisfacer la ambición desenfrenada que le impelia á erigirse en tirano de su patria; y para la consecución de este abominable proyecto, tra-

taba de debilitarla, puesto que así le ofrecería menos resistencia. Semejante táctica era muy natural en un hombre como Ugolino: no había podido lograr que la disension carcomiese el gobierno de Pisa; sus pretensiones habían sido abortivas, y buscó en el exterior un instrumento que le ayudase para llegar al punto elevado que con tanto ardor apetecía.

Los pisanos se defendieron heroicamente, mas el resultado de la segunda campaña fué fatal para su independencia. Compelidos á capitular, tuvieron que apurar hasta las heces la copa de la humillacion, y que volver á recibir á tres familias de las mas temibles: la del conde della Gherardesca, la de los Upezzinghi y la de los Visconti. A mas de esto, se vieron obligados á ceder á Lucca los castillos de Castiglione y de Cotrone.

II.

Restablecido en Pisa, Ugolino se cubrió con el velo de la hipocresia, y mostró tanta afabilidad en su trato, tanta sencillez en el modo de presentarse, y un celo tan marcado por la causa pública, que no tardó en hacer olvidar lo pasado á sus conciudadanos y en obtener su confianza. Despues veremos cual fué el resultado de esa confianza: baste ahora hacer la reflexion de que los pueblos, por lo general, son estremados en sus juicios.

Hacia mucho tiempo que existia entre las repúblicas de Génova y de Pisa la enemistad mas rencorosa. Una disputa que tuvieron en Constantinopla algunos comerciantes genoveses y pisanos, fué el origen de una guerra tan dilatada como sangrienta.

En la época de que hablamos, los genoveses prepararon una expedicion naval contra Pisa. Los habitantes de esta, inmediatamente equiparon una armada, y confiaron el mando de ella á Alberto Morosini, á Andreotto Saracino, y al conde della Gherardesca.

Las flotas se encontraron, y despues de un largo combate fué derrotada la de Pisa, por la defeccion del conde Ugolino, quien se retiró en lo mas acalorado de la pelea. No se retiró ciertamente por cobardia, sino porque su desercion decidiria de la batalla, y de esta manera los pisanos recibirian un golpe de grande importancia para el perverso que trataba de sojuzgarlos. Once mil prisioneros hicieron los genoveses, y Pisa se cubrió de luto. Varias fueron las opiniones que hubo en Génova respecto de lo que debia hacerse con los prisioneros; el partido que se tomó por fin, fué inicuo: conservarlos en prision sin darles muerte, con

el objeto de que sus mugeres no pudiesen formar un nuevo enlace, y de esta manera se impidiese el que aumentase en Pisa el número de la poblacion. Los güelfos de Toscana obraron todavía con ménos generosidad. Pisa era la única ciudad gibelina de toda la comarca, y deseosos de reducirla á una completa nulidad, formaron una alianza con las ciudades de Florencia, Lucca, Pistoya, Sena, Prato, Volterra, San Gemignano y Colla. El 10 de noviembre de 1284, salieron de Pisa los florentines domiciliados en ella, y esta fué la primera señal de las hostilidades.

No se ocultaba á los pisanos que el conde Ugolino, gibelino por nacimiento, había conservado relaciones con los güelfos de Florencia, y eran testigos de que con su política tortuosa había cobrado ascendiente sobre ambos partidos. Cercados de enemigos, victimas de un revés tan reciente como terrible, recurrieron á un medio peligroso, á un medio que no tiene mas probabilidad de ser bueno que la invariable rectitud de la persona elegida. Nombraron al conde della Gherardesca *Capitano delle Masnade*, puesto que en realidad depositaba en sus manos las riendas del gobierno y le convertia, á escepcion del nombre, en un verdadero dictador. Lo primero que encargaron á Ugolino fué que destruyese la liga formada en contra de Pisa, y cuando esto se llegó á lograr fué á costa de mil sacrificios. El dictador, celoso puramente de su propio engrandecimiento, no vaciló en admitir las condiciones mas vergonzosas y perjudiciales para Pisa, de manera que ésta vió reducirse sus posesiones á los castillos de Motrone, Vico Pisano y Piombino.

Aquella república tan floreciente y belicosa en otro tiempo, no podía contemplar sin exhalar un gemido las ruinas de su pasada grandeza. Su posicion era bien triste, mas cuando á sus pérdidas de cuantia, y á sus quebrantos se vino á agregar la imponderable amargura de un tirano doméstico, entónces estalló su dolor, y tanto los güelfos como los gibelinos se declararon en contra del conde. Su sobrino Nino de Gallura, á fuer de heredero de la familia Visconti, era el gefe de los güelfos, mas no por el parentesco ni por que su tio parecia favorecer su partido, pudo Nino olvidar la antigua rivalidad de sus respectivas familias. Sabedor el conde de las maquinaciones que había en su contra, tomó medidas violentas; desterró á varias familias gibelinas é hizo arrasar los palacios de diez de los mejores ciudadanos de Pisa, so pretesto de que estaban en relaciones con ellas.

No por esto se desanimó el juez de Gallura;

antes bien estrechó su alianza con los gefes de los gibelinos, los Gualandi y los Sismondi, y trabajó con teson porque volviesen á Pisa los once mil prisioneros de Génova. Ugolino se opuso á esta medida con igual ardor, porque conocia que le seria muy contraria á sus miras, y Nino trató de sublevar al pueblo en contra de él, pero le fué imposible conseguirlo. Entónces tomó otro camino y acusó al conde della Gherardesca ante los cónsules y los *Anziani delle arti*, de que había estendido su autoridad mas allá de los límites que las leyes le fijaban, de que se había apropiado el oficio de podestá y apoderádose del palacio *della signoria* que no le había sido concedido por el pueblo. Los magistrados ordenaron en efecto á Ugolino que evacuase el palacio, y que no se mezclase en los asuntos de la república. Disimuló su rabia y obedeció, mas inmediatamente comenzó á armar á sus partidarios: el juez por su parte hizo lo mismo.

Tal era el estado de las cosas cuando el podestá de Pisa arrestó á un tal Coccio di Guido por infraccion de la ley que prohibia la portacion de armas. Coccio era pariente del conde della Gherardesca, y este inmediatamente mandó órden al podestá de que le pusiese en absoluta libertad. El podestá no se atrevió á obedecerle, temeroso de que se le tuviese por uno de sus partidarios, y Ugolino, indignado de esta conducta, se puso á la cabeza de sus tropas, marchó al palacio, sacó al preso, lanzó de allí al podestá, enarboló su propia bandera y se volvió á su casa despues de dejar una guarnicion escogida. En seguida, se hizo declarar capitán y señor de la ciudad de Pisa, y eligió para su inauguracion el dia de su cumpleaños. En la noche, al retirarse de un festin, lleno de orgullo, y embriagado con su buena suerte, preguntó á uno de los que le acompañaban: „¿Qué dices, Lombardo? ¿qué es lo que ahora me puede faltar?“—„Nada mas que la cólera de Dios,“ fué la respuesta.

III.

Sabedor Ugolino de que el juez Nino de Gallura era corifeo de la faccion enemiga, resolvió deshacerse de él sin reparar en los medios por reprobados que fuesen. Con el objeto de asegurar el buen éxito de esta empresa, entró en relaciones con el arzobispo Ruggiero degli Ubaldini, hombre de carácter doble y emprendedor. Pronto quedó arreglado el modo con que habían de ser destruidos Nino y todos sus partidarios, mas Ugolino, deseoso de que no se le juzgase complicado en la trama, se retiró al castillo de Settimo, donde esperó tranquila-

mente que consumase la obra su digno compañero. En efecto, este reunió las tropas del conde, y habiendo hecho volver á la ciudad á los Gualandi, los Sismondi, los Lanfranchi y otras familias gibelinas, presentó al juez de Gallura un pié de guerra tan formidable, que sin atreverse á combatir, éste marchó á establecerse á Calcinara, lugar que estaba comprendido dentro de su jurisdiccion.

Cuando Ugolino volvió de Settimo, se encontró con que el arzobispo había tomado el gobierno por su cuenta. El pueblo deseaba que los dos juntos gobernasen; pero el conde della Gherardesca, fiel á la ingrata máxima, que como por instinto siguen todos los tiranos, de derribar la escala que les ha servido para su propia elevacion, hizo retirar á Ruggiero, y se encontró por fin señor absoluto de su desgraciada patria.

Nótese que todo tirano cuando llega á la cumbre de la prosperidad, adquiere por lo general un carácter duro y violento; esta observacion, que casi merece el nombre de ley de la naturaleza, se ve corroborada por mil y mil hechos. Por manso, por imbécil que sea un pueblo, siempre encontrará en él su tirano motivos de descontento. Esto dimana de que el Señor ha sembrado en su corazon el germen de la inquietud y que el terrible clamor de la conciencia va á atormentarle para siempre. El ejercicio del poder ilegítimo acarrea necesariamente la crueldad, porque cuando no se tiene mas derecho que la fuerza, frecuentemente se ha de poner esta en ejercicio para poder sostenerse.

El conde della Gherardesca no tardó en empujar en sangre el trono que ya había salpicado desde antes de asentarse sobre él. El virtuoso Anselmo, conde de Capraja, fué una de sus primeras victimas. Anselmo era muy querido de los habitantes de Pisa, y esto firmó su sentencia de muerte, porque á los ojos de un tirano no hay mayor crimen que el ser apreciado del pueblo.

Una grande escasez vino á aumentar los padecimientos de los pisanos, y comenzaron á exhalar quejas en contra del usurpador. Un sobrino suyo se atrevió á hablarle acerca de esto y á aconsejarle que pusiese pronto y eficaz remedio. El conde furioso sacó un puñal que siempre llevaba consigo, é hirió con él al jóven, gritando: „Con que tú, tú tambien me quieres arrancar el poder!“ Un sobrino del arzobispo y amigo intimo del herido, no pudo contenerse al presenciar aquel acto feroz, y apostrofó á Ugolino con el epíteto de tirano san-

guinario y brutal. El conde irritado mas y mas tomó una hacha, y con ella derribó muerto á sus piés al sobrino de Ruggiero. Condujeron el cadáver ensangrentado á la presencia de este último, quien disimulando su dolor y sus deseos de venganza, dijo con aparente frialdad: „Vosotros me quereis engañar; este no es el cuerpo de mi sobrino. Conozco al conde della Gherardesca, y sé que es incapaz de cometer semejante atentado. Llevaos ese cadáver, y que no se me vuelva á hablar acerca de esto ni una sola palabra!”

Así habló Ubaldini, en tanto que la aflicción y el mas profundo rencor agitaban su corazón. Siguió presentándose en público con la alegría pintada en el semblante, mas su cólera, semejante al oculto fuego de un volcan, solamente se retardaba para ser mas terrible al estallar.

IV.

El día 1.º de julio del año de gracia de 1288, se reunió el consejo de Pisa en la iglesia de S. Bastiano, con el objeto ostensible de discutir el tratado de paz con Génova, mas en realidad, para arreglar la conspiración que debía derribar á Ugolino. Este sospechó lo que se tramaba y envió á su nieto Nino, por sobrenombre el Brigata, para que reuniese á los güelfos y los introdujese en la ciudad. Había llegado el momento decisivo, y Ruggiero al salir de la iglesia convocó al pueblo, é hizo que la campana mayor tocase á rebato. Una multitud innumerable se esparció por las calles de Pisa, gritando: „Viva el pueblo! muera el tirano! muera el traidor! muera el conde Ugolino!” Los Gualandi, los Lanfranchi, los Sismondi, los Orlandi, los Ripafratta y otras familias gibelinas se incorporaron al arzobispo. El conde della Gherardesca con sus dos hijos y sus dos nietos, los Gaétani, los Upezzinghi y sus satélites, defendió valerosamente la plaza y los alrededores de San Bastiano y el Santo-Sepolcro. Obligado á ceder el terreno paso á paso, se retiró al palacio del *popolo*, que defendió desde el medio día hasta el anochecer. Fatigados los sitiadores, tomaron por fin el partido de incendiarlo. Imposible fué resistir á este nuevo y poderoso enemigo, y Ugolino cayó en poder de sus contrarios en union de sus hijos Gaddo y Uguccione, y de sus nietos Nino el Brigata y Anselmuccio.

Entregados al arzobispo Ruggiero, éste se vengó haciéndolos encerrar en la Torre de Gualandi, (que desde entonces se llamó Torre del Hambre) y condenándolos á morir de inanición.

La muerte de Ugolino y de su desgraciada familia, inspiró á Dante uno de los episodios

mas admirables de su poema inmortal (1). El historiador y el poeta han reprobado igualmente el bárbaro suplicio á que Ruggiero le condenó, porque sus crímenes, á pesar de ser tan atroces, nunca podían justificar tan inhumana conducta.

Nuestra pluma se aleja con placer de estas escenas de horror. La vida del conde della Gherardesca, recordará siempre á los hombres cuán cierto es este dicho de Tácito: „Los gobiernos fundados en la violencia, jamas pueden ser de larga duracion.”

México, febrero 25 de 1844.

AGUSTIN A. FRANCO.

(1) Dell'inferno, canto XXXIII.

EL VIRTUOSO

PINTADO POR SI PROPIO.

CUANDO encuentro en una obra mucha imaginación, con gran sabiduría, un juicio exacto y profundo, pasiones elevadas, pero verdaderas, ningun esfuerzo para parecer grande, una estremada sensibilidad, mucha elocuencia, sin mas arte que aquel que viene del ingenio: entónces respeto al autor y le estimo tanto como á los sabios ó á los héroes que ha pintado. Me complazco en creer, que quien concibió cosas tan grandes, no habria sido incapaz de practicarlas, y me parece injusta la fortuna que lo limitó á solo escribirlas. Me informo con curiosidad de todos los pormenores de su vida; si ha cometido faltas, las disimulo, porque sé cuán dificultoso le es á la naturaleza mantener el corazón de un mortal en una esfera superior á la condicion humana. Dame lástima ver los crueles lazos que encontró siempre en su camino, y aun las debilidades naturales que no pudo superar con su valor. Pero cuando á pesar de la fortuna y de sus propios defectos sé que su espíritu siempre estuvo ocupado con grandes pensamientos y dominado por las mas dulces pasiones, me arrodillo para dar gracias á esa naturaleza que creó virtudes independientes de la felicidad y luces que no pudo distinguir la desgracia.—VAUVENARGUES.

La moral de Platon es el último grado de la sabiduría humana, confirmada y divinizada por el Evangelio.

EXISTENCIA DE DIOS.

Yo creo la existencia de un Dios porque la naturaleza toda lo revela; si escueho el mugir del torrente, creo oír la voz del Señor, el blando gemir de la brisa es el ambiente que le rodea, el brillar del sol, sus miradas y el relámpago me parecen la huella que deja su potente dedo al tender la mano para señalar el lugar que ha de herir el rayo, cuyo estallido es su voz de mando. El sonar de las cascadas, el rodar tranquilo del arroyo y el susurro blando del céfiro son su música. Hay un Dios; esta es una verdad innegable. Contéplense las obras de la creación; ninguna de ellas es hecha por el acaso; todas tienen una alma; existe entre ellas una armonia celestial que solo un entendimiento vil puede desconocer. El autor de las maravillas de la naturaleza no puede ser el acaso ciego; es preciso que á la creación haya precedido una inteligencia superior, una inteligencia capaz de arreglar y de dar relaciones entre sí á las cosas criadas; esta inteligencia es Dios. Para negar su existencia seria necesario no tener alma, no sentir, ser un bruto, menos aun que bruto. Un hombre de buena fé jamas se negará á decir, *hay un Dios*. Yo hallo pruebas de esto en todas partes. Cuando parado en la llanura miro al sol, cayendo tras las montañas, lanzar un rayo moribundo que viene á espirar á mis piés, á las sombras de los árboles estenderse y retratar allá en la desecada tierra las copas doradas por la luz y luego alzando la vista al cielo miro celages de carmin y de oro, nubes blancas como copos de nieve y extasiado percibo la blanda harmonia de mil pajarillos que vuelan á su nido y que mezclan sus trinos con el suspirar de la brisa y aspirando con deleite el aire puro de las llanuras, siento un ambiente perfumado y fresco, y oigo el ruido solemne de los árboles mecidos por el viento y á lo lejos el mugir sonoro del buey y el tímido balar de las ovejas, siento mi alma enternecida, levanto mis ojos y creo divisarte, Dios mio, allá al fondo del azul del cielo y me prosterno y te alabo y esclamo, „Hay un Dios.”

Luego levanto mis llorosos ojos al firmamento y miro el lucero de la tarde, solitario, con su brillar dulce como el pensamiento de una ma-

TOMO I.

dre tierna, miro mil estrellas repartidas en la bóveda celestial; luego miro la fulgente luna alzarse, é inundar á la tierra con su luz melancólica y suave, la miro atravesar ese cielo transparente como el cristal; siento que el sonar de mi respiracion quebranta el silencio solemne que reina en mi derredor; miro á la naturaleza en reposo, su silencio es el silencio de la huera; mi alma se contrista; exhalo un suspiro y esclamo „Hay un Dios.”

Si lleno de pavor y tristura contemplando el horizonte miro á lo lejos un nubarron coronando una montaña y lo veo estenderse lentamente, ceñido á veces de terrible fuego, cubrir de luto al cielo y avanzar mugiendo, si miro á la luna ocultarse tras ese velo con pausa, con dolor, como se aleja el hombre del lugar donde pasó su infancia, si la miro cubrirse enteramente y oigo silvar el viento y veo estender la nube y undir al mundo en una obscuridad horrenda, si miro iluminarse la tierra con la luz del relámpago y oigo el ruido del rayo, terrible como la voz del Señor, y el soplar del huracan y el crugir siniestro de las ranas y aliento el denso ambiente que me circunda y luego miro á la añosa encina morir herida por el rayo y siento el ligero ruido del agua que comienza á caer y despues el sonar estrépitoso de un torrente que se desprende de los cielos, inclino mi frente y temeroso esclamo „Hay un Dios.”

Si siento luego mi cabeza refrecada por el céfiro y pongo mis miradas en el cielo, veo mil nubecillas ligeras vagando por el azul del firmamento; si entre sus quiebras veo la vacilante luz de las estrellas, creo ver un coro de querubines agitando sus alas de plata, de ébano y de brillantes, que vuelan á descorrer el velo que me ocultaba el cielo: miro entonces de nuevo brillar la luna que ilumina las húmedas y lucientes hojas del arbusto; la miro retratarse plateando las nubes y la cima de los montes en los lagos que formó la lluvia y siento un gozo inesplicable que hace rodar una lágrima por mi mejilla y que me obliga á esclamar „Hay un Dios.”

Si arrullada mi alma por el dulce ruido de la brisa jugueteando entre las ramas de los sau-

ces y embriagada con los vapores de la agua me quedo dormido sobre el césped húmedo, un grito de alegría que la naturaleza lanza gozosa me despierta y oigo el trinar sonoro de las aves y las miro sacudir sus alas de oro y de rosa, de ametistes y de ébano y de rubies, y volar de rama en rama, y posarse en la mas elevada para saludar desce alli al sol; levanto mis ojos entonces, como ellas, al cielo: miro al espacio sembrarse de oro, lo miro nacarado como la rosa, palidecer despues y convertirse en fuego. Veo despues salir por detras de la montaña una ráfaga de luz que se divide en rayos, es la diadema del Señor; las aves cantan de nuevo y unen su canto de gratitud al coro que entona un himno ante el trono de Dios. Las cumbres de los montes opuestos lucen como el oro, la brisa susurra, los árboles, lánguidos de placer, mecen muellemente sus frondosas cimas, la tierna rosa abre su capullo delicado y el sol aparece en

todo su brillo y esplendor. Entonces me siento vivificado, mi alma se estasia contemplando á la naturaleza y esclamo „Hay un Dios.” Prostrado en tierra entono mis alabanzas y mis plegarias, uno mi débil voz á la voz robusta de la creacion, á esa voz que subirá hasta el trono del Señor, como al nacer de la aurora sube por el espacio en perfumado vapor la gota de rocío que brilló en el pétalo de la rosa.

Vuelvo mis ojos á las ciudades, las miro hundidas en el cieno de los crímenes; me vuelvo á los palacios, los miro preparándose á sus orgías y estremeciendome grito „Hay un Dios.”

Esta es para mí una verdad que encuentro escrita en todas partes; en el campo, en las ciudades, en los bosques;... por donde quiera que voy, oigo una voz que me dice: „Mira la naturaleza, hay un Dios.”

J. M. DEL CASTILLO.

ESQUISSE.

Traten pues así trocados
Los seglares de los hinos,
Los frailes de los juzgados,
De las flotas los prelados,
De conciencias vizcainos;
Los hombres usen espejos;
Mugeres rijan la tierra,
Los mozos den los consejos,
La gala sigan los viejos
Y estos hagan la guerra.

Revolviendo las hojas de un libraco viejo me hallé que una descendiente, por línea bastarda, de D. Pedro el Justiciero escribió á mediados del Siglo XVI, una *Teórica de virtudes* en la que se hallan los versos que puse á guisa de epigrafe, y sea la contemplacion del libro viejo que tenia en mis manos, sea mas bien el sentido de los versos, el caso es que me puse á meditar y ¡cuidado! que aunque soy algo escaso de meditaciones, el día que me da por ellas, soy sublime ó insufrible, no lo sé. Quédeme pues buen espacio recapacitando ¡Que demonio! exclamé. El mundo en que vivió D. Francisco de Castilla (así se llama el autor de los versos copiados) debió de ser algo peor que este en que yo vivo, ó quizá ese siglo fué de trocamientos y necesidades así como el mio lo es de fósforo y de vapor; no, lo cierto es, á lo ménos es fundada conjetura mia, que el siglo de D. Francisco fué un siglo, así como si dijéramos, de

tiempo de máscaras y de disfraces y por eso entendian los seglares de los hinos y habia todo ese barullo..... ¡Canario! No me interrumpa V. ¿Qué tiene el mio? Empezó V. á ponerme ejemplos; ellos indicarán á V. su respuesta.—No señor; no insista V., no sea V. tan necio, porque me veré obligado á explicarlos como es debido.—No hay remedio, señor murmurador; es preciso callar á V.—Ya lo esperaba, salió V. con el cuento favorito.—¿Qué tiene de particular que el M. R. P. Fr. Antolin se entrometa en el ministerio y ande solícito tras el ministro? ¿No puede pretender un..... en fin señor mio, un empleo? No para él, se entiende, sino para un su sobrino, que le tiene de obligacion por ser hermano de una su sobrina hija de su tia, es decir que..... el parentesco y el ahínco por favorecer al prójimo le impelió á hacer lo que hace.—Cuidado, señor de la lengua larga, cuidado. ¿Quién le ha dicho á V.

que un fraile no puede tratar de juzgados porque su mision en la tierra no es para ello?—No señor; no interprete V. mal; se interesó en aquella causa, pues, la de Julian, pero no para acriminarlo, sino para defenderlo: lo hizo estar mucho tiempo en una cárcel pero fué con el objeto de salvarle de la horca movido de los ruegos de la esposa de Julian, haciendo mérito de los padecimientos sufridos en la prision, porque debe V. saber que el robo que hizo Julian estaba probado; suponga V. la esposa misma lo confesó y el hermano Antolin lo atestiguó interpelado por la esposa que le exigia una prueba de su amor..... á la verdad.—¿Lo vé V. señor mio? Tan sencillo como esto es todo lo que V. critica y luego se esclama con dolorido acento, *el mundo está malo*, y en prosa y en verso se repiten los del epigrafe.—No, amigo, no; el mundo marcha, la inocencia reina. ¡Oh tempora, oh mores!

Tan inocente es que traten de juzgados los frailes como de las flotas los prelados. Y luego eso no es cierto porque no son muy comerciantes ellos, á lo menos en las materias que se traen en las flotas. Pero suponga V. que lo sean; mire V. toman su chocolate por la tarde, se van luego, como es regular, á rezar las horas canónicas, se tocan las oraciones que es como si dijéramos que se tocaba á sombreros, ¿qué quiere V. que haga el prelado? Se va á ver á D. Cleofas su amigo, el compañero de su negociacion allá en su infancia y se entromete en los negocios.... Ya se ve, es capaz de nombrar al gefe de una escuadra; y tomará empeño en ello para que el que lo sea, sea buen cristiano, porque ya V. ve, esa gente marina es tan mala....., y luego pudiera ser que ese gefe le consiguiera un curato y hallar así ocasion de quitar de pecado á qué sé yo cuantos que lo estarán en su feligresia. Ponga V.; recibió no sé qué suma para hacerlo y ¿qué tiene eso de malo? Es para socorrer á aquella huerfanita.... Hombre, calle V.—La socorre, pues si es tan inocente que no sabe ganar su vida, y es tan hermosa.... ¡Laus Deo! señor murmurador, se quedó V. sin saber qué decir.

Hice una pausa y me quedé abismado contemplando el vuelo de una mosca. Abri de nuevo el libro y no sé cómo me volví á hallar frente á frente de los citados versos.—¡Vizcainos, hace visto! Creo que yo tuve un amigo vizcaino, y era por cierto un buen amigo. ¡De conciencia vizcainos!—Y á fuer de estudiante quedéme comentando. Equivocacion del impresor, exclamé! Lechuginos, debia de decir aquí, ó pollinos ó dilletanti, que todos esos

nombres son sinónimos. Bien pudiera ser que vizcainos fuese un nombre genérico con el cual pudieran designarle los picaros y los tunos: en tal caso creo que toda la baraja se ha vuelto ases, quiero decir, que hay muchos vizcainos entre mis conocidos, aun sin ser *dilletanti*. ¡Hombres inocentes, almas cándidas! ¡Pensando siempre con tanta moralidad, en cosas tan serias, ya V. vé el lazo de la corbata, el corset, la mancuerna de la casaca, el tacon de la bota! ¡Angelitos en forma de figurines, salve vds. si pueden y deben entender de conciencia, no esos vizcainos! Ciertamente ese siglo de D. Francisco de Castilla era malo, muy malo.—No se parece, no, señor murmurador, en nada se semeja nuestro siglo al del otro; mire V. en aquel tiempo lo que sucedia: „*Los hombres usen espejos*, dice el autor; eso si es muy feo, en el nuestro se usan espejuelos, que es muy distinto, y luego mas vale que usen espejos y gasten afeites y se unten de grasa el rostro y pierdan tres horas en tan inocente ocupacion, que no en tramar una revolucion, ó en seducir.... ¿Porqué he de callar? No miento, es indudable que no seducen á las jóvenes. ¿Digame V. qué muger que tenga dos gotas de entendimiento, suponiendo que sea líquido el tal ingrediente, ha de amar á un dilletanti? ¿No vé V. que la muger busca al hombre y el hombre á la muger?.... Pues ahí tiene V. la razon por la cual nadie ama á un dilletanti, á saber, porque ni es hembra ni es macho.—Le enfadó á V., ya la disertacion; lo mismo me sucede á mí.

Ya saben vds. amigos míos, cuán fácil es seguir lo que se tiene empezado; tambien saben cuán agradable es meditar cuando está uno de mal humor. En mi concepto ambas cosas tenia yo á mi favor, por que sentí una propension irresistible á la meditacion; fuime leyendo palabra por palabra los versos de D. F. de Castilla, y haciendo reflexiones sobre ellos.—*Mugeres rijan la tierra*.—Estaba yo tan aturdido, que entendí que rijan venia del verbo *rijar*, y que el tal *rijar* significaba arar, labrar ó cosa semejante. Eso era infame, exclamé; en el siglo XIX, á pesar de su materialismo, las mugeres no *rijan* la tierra. ¡Son tan delicadas!.... ¿Pero de qué rie V.?—¿Volvemos á la cuestion?—Es verdad; entendí mal, rijan del verbo *regir*, pero tampoco eso sucede ahora.—¿Cuándo ha visto V. en nuestros tiempos una muger que rija la tierra, sin ser reina, se entiende, por que eso es justo? Cuándo ha visto V?.... No vuele V. caballero; el genio de la murmuracion le da á V. tal velocidad en el habla,

que nada le entiendo; solo percibi Luisita, y no sé qué nombres.—¡Qué engañado está V! Amigomio, esa es una viuda que tenía un marido con quien se casó, por cuya muerte se quedó sin esposo y sin arrimo y sin amparo; de consiguiente era muy natural buscarlo, y lo ha hallado en ese señorón que es el consuelo de su belleza inconsolable y le procura.... Pero si no me deja V. concluir: casaron á ese jóven, sí señor, pero fué porque esa jóven necesitaba quien cubriese lo que tuviera que cubrirle, y quien la defendiese de no sé qué oculto enemigo....—Bien, esa señora, amigo murmurador, es una señora casada, como V. dice; pero ese señor cuyo nombre me dijo V, no es su amante, sino un hombre que recibe la superabundancia de amor que hay en un pecho tan sensible como el de la señora, al cual no le bastan el marido y los hijos; además, el caballero á quien acusa V., tuvo la culpa, porque él buscó á la señora por ciertas razoncillas de conveniencia.... En resúmen, será todo lo que V. quiera; pero nada de eso significa que las mugeres rijan la tierra.—Fulanita dirige á D. fulano, es verdad; á cambio de favores consigue sus empeños, quita y da empleos, es cierto; pero lo mas que eso puede significar es, que en nuestro tiempo mugeres hay que rijan á los hombres y hombres que rigen la tierra, y no se infiere que *mugeres rijan la tierra*.

Mire V., señor murmurador, en tiempo de D. F. de Castilla, los mozos daban los consejos, en el nuestro los dan los niños, las mugeres: aquello era una necedad, y lo nuestro lo muy bueno. Los consejos de las mugeres y de los niños son inocentes, llenos de moral; mire V., conocí yo una que dió veneno á su hermana por que estaba en relaciones amorosas con un quidam amante de la envenenadora; ya V. vé, ese era un medio de aliviarle, mas que eso, de evitarle el pesar de que se viera engañada. Los niños aconsejan cosas de toros, de fiesta, de misas, de soldados, de óperas y eso.... Es V. un necio; eso sirve para divertir al pueblo.—No tratan de eso los mozos, y ménos los de Villar, y luego los viejos chochando, sin memoria, amoldados á la antigua, sin comprender la época, nada bueno pueden hacer. ¡Gracias al cielo porque en este siglo y en mi casa no dan consejo los viejos!—¡Librenos el Señor de que los mozos den los consejos!—Cuando yo medito, no puedo entenderme, y me barrunto que á mas de cuatro les acontece lo mismo. Mi fuerte son las ideas, pero cuando para tener ideas se ha menester verlas estampadas en

un libro, qué orden ni qué ilacion ha de haber en nuestras molleras. Miren vds. amigos míos; discurría yo hace cinco minutos sobre frailes, y qué sé yo, y héteme abí pasando repentinamente de prelados á mugeres, de frailes á vizcainos, de viejos á mozos, de galas á guerras; esto se llama una transicion prosaica, forzada, inoportuna, molesta y fastidiosa.—¡Oh, cómo me molesta V., señor murmurador! ¿Qué tiene D. Anacleto que no tenga D. Cleofas y otros mil vejetes? ¿A todos me los pone V. como ejemplos? Ya es una manía en V. el seguir los citados versucillos. ¡Cómo se equivoca V! D. Anacleto no sigue la gala como la seguian in illo tempore. Sigue al ridículo ó el ridículo á él; mas entre gala y ridículo hay buen trecho. D. F. de Castilla vió viejos que se ponian gala, y chocóle, por ser esto ageno de la compostura de su edad; pero en estos tiempos de farsa y de chiste, viejos hay que se ponen galas. Escúcheme V.: en aquellos tiempos D. Anacleto hubiera usado su chupa bordada y su calzon muy fino....—Hombre, calle V., es imponderable la diferencia que hay entre aquel siglo y este.—El mismo D. Anacleto se pone hoy un pantalon tirado por pialera y tirante, relleno de algodones y almohadillas, cuyo centro es un hueso, se pone un frac cuya forma es debida á una armazon muy curiosa; en el cuello de este hombre máquina, se envuelve una corbata alta, amplia, fina.... indescriptible, en cuya terrible hoquedad encaja una cara larga, flaca, y luego se pasea este cuerpo pavoneándose con un aire pedante, que en nuestro caso es lo mismo que burlesco—Esto, amigo mio, no es usar gala. No tiene V. que chistar; bien, otros hay que tiñen sus canas y á quienes se les ponen rojas ó tal vez les corre por la surcada mejilla el graziento y negro ingrediente; pero tampoco eso es seguir la gala, porque la gala de un viejo son sus canas, su prudencia, su desengaño. ¡Y sobre seguir la gala, los viejos hacer tambien la guerra! ¡Eso es horrible! ¿No es verdad, señor murmurador? En nuestro tiempo no hay nada de eso.... No señor; sobre que ya no hay guerras. Mire V., se va un viejo ó un mozo, hablan á los contrarios, se arreglan, se da al enemigo lo que pide como da el apuesto doncel su capa, albornoz, romana, frazada ó lo que sea al ladron nocturno que la pide con justicia y sin ella, y toque de retirada; cuando los amagos son entre paisanos, entre hijos de un mismo suelo no hay tampoco guerra; hay traiciones, avencimientos, capitulaciones, unos cuantos hombres muertos, algunas familias huérfanas y

pax Christi, c'est fini.—Señor murmurador. ha callado V. como un gato á quien degüellan; está V. convencido.—¡Qué bellos tiempos los míos! Las mugeres aumentan el volúmen de sus maridos, de sus amantes, por un verso, por manía, por dinero.... qué sé yo. Las jóvenes se dejan seducir lanzando tristes gemidos y dolientes elegias; las niñas aprenden á leer en los *Brevet du Roi* que tienen las cajas de perfumes, y las ancianas.... Oh! las ancianas se pintan para parecer mozas y hacer conquis-

tas intelectuales, se entiende, y.... Miren vds., amigos, nada de lo dicho es la mitad siquiera, de lo que hacia quejar á D. F. de Castilla.... Las mugeres ya vds. las ven, los hombres, mirenlos vds. Los viejos se pavonean y se prenden y se acicalan, los hombres seducen y roban y matan, los jóvenes se prostituyen y.... los niños, los niños van á las escuelas y se cansan de corretear y de escribir, aunque para esto no les falta razon segun la respetable opinion de—ANÓNIMO.

LA CONDESA DE PEÑA-ARANDA.

I.

EL BAILE.

ERA el año de 1807, época en que aun México, era la corte de una colonia: corte mezquina, remedo burlesco de las cortes de los reyes, con su semi-rey y con su farsa de nobleza. Esta, hija de las riquezas y no de las hazañas de cien antepasados honrados y belicosos, era quizá la mas ignorante, y al mismo tiempo la mas fá-tua de todas las clases de nuestra sociedad de entónces, porque muy del caso será advertir aqui que un mayorazgo, un título, el primogénito de un conde ó de un marqués, con las inmensas riquezas que á la muerte del padre le quedaban, se creía dispensado de saber aun las cosas mas triviales, indispensables para el trato familiar, y pasaba sus dias en francachelas y desórdenes, en medio de los cuales proyectaba una fundacion religiosa, ó hacia una pingüe donacion á algun convento con el piisimo objeto de ganarse por este medio el cielo. ¡Sacrílega mezcla de impiedad, de religion y de orgullo, que confundidos formaban la careta que para aparecer en la sociedad nos legaron nuestros abuelos, aquellos que agitados por un delirio de muchos años quisieron que de en medio de la sangre de millares de victimas brotara una religion pura y sin mancha.

Este era en efecto el carácter distintivo de nuestra sociedad; era esta una matrona de dos caras, de las que en una se veían las huellas profundas de la mas desenfrenada prostitucion, y en otra la máscara, no de la virtud, sino de

la mas simulada hipocresia. ¿Quién al encontrarse en México á principios del siglo XIX, no se hubiera creido en el centro de una de aquellas ciudades de la edad media en que la religion y el desórden caminaban á la par por sus calles tortuosas y sombrías? La ciudad por otra parte, presentaba en su seno uno de aquellos contrastes quizá exclusivos: la clase elevada de la sociedad, henchida de riquezas y pródiga hasta el exceso; la clase infima desnuda, hambrienta, siempre quejosa y encontrando siempre sordo á sus voces al magnate que la despreciaba, que la hollaba, como nosotros podemos hollar al réptil venenoso que va á morder nuestro pié. ¡Cuadro miserable que debe conmover las entrañas del verdadero amigo de la humanidad! ¡Tiempos funestos que deben convencer á los que entre nosotros suspiran por ellos todavia, de lo mucho que hemos ganado con nuestra república, con nuestra libertad, que aunque vacilantes ahora por las ambiciones particulares, jamas llegaran á caer, porque tarde ó temprano el patriotismo levantará su brazo para sostenerlas.

Mas dejando á un lado reflexiones inútiles, si se quiere, vuelvo á mi objeto, ó por mejor decir, comienzo mi narracion: eran las ocho de la noche del 15 de agosto de 1807, y en uno de los sitios mas hermosos de las orillas de México, á la puerta de una casa de soberbio aspecto, se hallaban parados multitud de coches, en